El manantial de la roca

The source of the stone

Nota: en el mundo rural, entre las personas que han nacido y vivido en las montañas, a una surgencia de agua, ellos casi siempre lo llaman fuente. También venero o manantial. Pero la palabra fuente de siempre ha sido muy usada en estos entornos. En los entornos urbanos la palabra fuente, casi siempre se refiere a edificaciones con agua y otros elementos.

A él se le vio, aquella fresca mañana preludio del otoño, solo y caminando despacio. Siguiendo la vereda que desde el barranco ascendía ladera arriba. A sus espaldas llevaba un pequeño zurrón de cuero y en su mano derecha, portaba una vara de acebuche. Abajo, en el recodo del barranco, se veía verde y espesa la vegetación. Ahí mismo, entre la densa vegetación y comienzo del barranco se adivinaba el manantial. Conocía él este lugar con el nombre de la Fuente de la Piedra.

Porque el agua, siempre muy fresca y clara como el viento más limpio, brotaba precisamente por el lado de abajo de una piedra caliza, cerca de un viejo majuelo. Lo sabía porque desde hacía mucho tiempo conocía este rincón y venero. Cuando llegó, se agachó, lavó sus manos y bebió un trago. Sin prisas se recreó en la mil vayas rojas brillantes que colgaban de las ramas del viejo majuelo. En su mente se activaron sabores y olores que eran parte de lo más esencial de su ser. Después de observar despacio y como despidiéndose del paisaje durante un rato, siguió. El silencio era total. Solo se oía un leve murmullo de hojas mecidas por el fresco airecillo y el trino de algún pajarillo. También el rumor del agua brotando por debajo de la piedra y luego quebrándose en el pequeño regato hacia el arroyo grande y la densidad de la vegetación.

Subió en silencio trazando los zigzags que la senda dibujaba por la ladera de enfrente del manantial. La mañana estaba en su mitad pero el airecillo era fresco aunque el sol brillaba muy limpio. Solo algunas nubes blancas y algo fundidas con el azul del cielo, asomaban por lo alto de las cumbres.

En su mente se amontonaban los recuerdos ya casi borrados y lo mismo los dolorosos momentos que a lo largo de los días había vivido. Lo habían llamado de todo, lo habían criticado hasta la saciedad, lo habían apartado y humillado como al más inútil y lo habían dañado no solo en su dignidad como persona sino también en lo físico y en sus creencias. Y todos, muchas personas, siempre habían intentado convertirlo. Rechazó y odió en todo momento estos comportamientos y luchó hasta la extenuación por mantenerse fiel a sí mismo. Por eso ahora, mientras se acercaba al rellano, se sentía triunfante sobre todos los que le habían denigrado. Nada, absolutamente nada hermoso y noble, había aprendido de ellos.

Se aproximó al filo del rellano, sujetó algo más el zurrón a sus espaldas y miró para el barranco. Ahora le quedaba a sus pies muy en lo hondo. Entre la densa y verde vegetación, adivinaba una vez más el fresco y claro manantial. Y todo el lugar, manantial, recodo del barranco, bosque verde y fresco, silencio, airecillo, rumor de agua y cielo azul, le parecía hermoso. Un mar de paz, silencios, serenidad y belleza insondable. Sujetó un poco más el zurrón de cuero contra sí, como si pretendiera proteger y no perder nunca, nunca, el más valioso de los tesoros conseguido a lo largo de los años de vida en este suelo.

Miró al cielo, alzó sus brazos al tiempo que los abría y entonaba una sencilla melodía. Saltó al vacío y se le vio surcando el aire por encima del barranco del manantial. Como si no pesara, el airecillo empezó a llevárselo elevándolo cada vez más hasta que quedó perdido en el infinito hacia las pequeñas nubes que parecían decorar el azul brillante del cielo. Nadie vio nada y menos nadie habló y lo llamó por su nombre. Solo el rumor del agua del manantial de la roca, parecía oírse algo más y emitiendo notas y melodías alegres y placenteras.

De esta historia nadie aún sabe nada ni aparece escrita en ningún sitio. Los paisajes donde ocurrió, al levante de Granada, entre Sierra Nevada y la Alhambra, siguen ahí. En el barranco, sigue brotando el agua. Pero al manantial ahora es una fuente de cemento y ladrillos. Algunos años, el venero deja de brotar y otros veranos, desde la fuente para abajo y un buen trozo del barranco, se llena de personas que acampan y comen por aquí.